

La Fragua de los Tiempos

18 de julio de 2010 #871

Las ánimas de la revolución

Jesús Vargas Valdés

El pasado jueves 16 de julio estuve en el museo de la Lealtad Republicana comentando una carpeta con doce imágenes de Gerardo Vargas Frías. Regularmente participo en conferencias o eventos relacionados con la historiografía, pero en esta ocasión me tocó descifrar lo que un artista intentó decirnos a través de 12 imágenes sobre la revolución.

Como no se me ocurrió otra manera de empezar, preparé una serie de reflexiones elaboradas desde el mirador de la historia y luego me puse a dialogar con las imágenes de Gerardo. Este fue el resultado:

En alguna ocasión me tocó escuchar el entusiasmo del doctor Katz, refiriéndose a la devoción popular por las figuras de Villa y Zapata. Explicaba en un congreso de los años noventa en ciudad Juárez, que el caso de México era excepcional, porque a pesar de que habían transcurrido casi noventa años desde el inicio de la revolución, la gente seguía conectada a ese acontecimiento. Señalaba que cada vez que regresaba a México encontraba nuevos libros documentales, y miraba que la gente acudía en gran número a sus conferencias sobre la vida del general y, como si apenas hubiera sucedido, la gente se emocionaba profundamente cuando se hablaba del asesinato de Villa en Parral.

Decía el doctor Katz que en ninguna de las revoluciones del siglo xx había encontrado esa pasión de la gente y se preguntaba el por qué.

Esta pregunta sigue en el aire y no seré yo quien la responda. Sin embargo, en estos días que he estado dialogando con las 12 imágenes que Gerardo Vargas preparó para la carpeta de *La revolución en el estado de Chihuahua*, han surgido algunas ideas que se aproximan a la pregunta y enseguida voy a exponerlas, pero antes voy a hacer una especie de rodeo tratando de contextualizar la revolución mexicana con las otras revoluciones del siglo xx.

En 1917, los obreros rusos guiados por el Partido Comunista, concluyeron una revolución derrocando a la monarquía de los zares y en su lugar erigieron un nuevo sistema de gobierno identificado como el Gobierno de los *soviets*, que eran células de poder popular a través de las cuales el pueblo, los campesinos y los obreros, podría decidir sobre su presente y su futuro.

En 1949, después de una larga lucha de veintidós años, los campesinos chinos, guiados por el Partido Comunista, aniquilaron las últimas defensas del Gobierno imperialista, y el 1º de octubre se erigió la República Popular China, iniciándose una nueva era para un país en donde, cincuenta años antes, millones de seres humanos vivían en la miseria y la desesperanza total.

En 1959, los guerrilleros cubanos tomaron la capital del país y derrocaron al Gobierno de Batista, títere del imperialismo yanqui. El Partido Comunista asumió el poder y desde entonces gobierna contra viento y marea enfrentando el asedio y el bloqueo de los yanquis, que han recorrido todos los caminos, todas las trampas y perversidades, para destruir la revolución.

En 1976 el Partido Comunista de Vietnam logró la reunificación del norte y el sur, y a la vez la revolución definitiva de este país, después de más de cincuenta años de lucha cruenta y desigual.

¿Qué diferencias se pueden considerar entre estas revoluciones y la mexicana? Son muchas, pero nos interesa resaltar una solamente para exponer algunas ideas en torno a la carpeta de Gerardo. En las revoluciones, rusa, china, cubana y vietnamita, hubo un

proceso previo durante el cual se definieron los objetivos a través de un programa de partido. En los cuatro casos, los dirigentes estuvieron presentes en el momento del triunfo y en los primeros años de construcción del nuevo régimen.

En la revolución mexicana nunca se definieron claramente los objetivos, no hubo un partido que se comprometiera con el pueblo, y al final de cuentas, los dos grandes líderes emergentes, Villa y Zapata, fueron asesinados.

Voy a tratar de explicar mejor esta interpretación:

En 1911 triunfó en México la revolución del Plan de San Luis contra el Gobierno del general Porfirio Díaz. Fue la primera del siglo, pero a diferencia de las demás, esta fue una revolución que llegó sin madurar, tan sólo medio año después de que se había iniciado. La mexicana fue una revolución resultado de la coyuntura nacional e internacional; fue el resultado de factores circunstanciales que obraron en favor del movimiento de Madero, desmoronándose la dictadura en el primer empujón. Derrumbar la dictadura fue muy sencillo, pero construir el nuevo régimen revolucionario fue imposible.

El mismo general Villa recordaría años después, que desde la firma de los Tratados de ciudad Juárez, en mayo de 1911, se había entregado la revolución a sus enemigos. Y efectivamente, el triunfo se convirtió en derrota desde el momento en que Madero firmó las condiciones de que se nombrara un Gobierno provisional encabezado por un porfirista, aceptando al mismo tiempo que los revolucionarios entregaran sus armas y se regresaran a sus casas, mientras los generales, oficiales y tropas porfiristas se quedaban intocables en los cuarteles, con todos sus armamentos.

Desde el mes de junio de 1911, en que Madero se instaló en Palacio Nacional, afloraron las intrigas y las ambiciones, y el presidente no tuvo capacidad para resolverlas porque no estaba preparado para encabezar una revolución; era un hombre bueno, dispuesto a todo sacrificio, pero incapaz para defender los intereses de los más humildes. No comprendía ni confiaba en la gente del pueblo que lo había llevado al poder; por esa incapacidad fracasó una revolución triunfante y empezó una guerra tan sangrienta y desgastante que al final se dieron las condiciones para que tomaran el poder los representantes de una clase política cuyos intereses y cultura era muy similar a la de Porfirio Díaz. A final de cuentas Madero dilapidó torpemente las energías y la fuerza que el pueblo le había entregado y cuando el caos se había extendido en su Gobierno apareció el verdugo traidor, Victoriano Huerta, quien el día 22 de febrero ordenó la ejecución del presidente y el vicepresidente.

Vino la guerra civil, primero entre los “constitucionalistas” contra el Gobierno usurpador, hasta que el general Huerta huyó en julio de 1914. Casi inmediatamente se inició otra guerra, ahora los ejércitos revolucionarios de Villa y Zapata contra las fuerzas que se agruparon alrededor de un dictador en ciernes que se llamó Venustiano Carranza. Los oportunistas, los advenedizos de siempre, se apoderaron del Gobierno, y los verdaderos sueños revolucionarios de 1910 quedaron otra vez en el olvido. Por eso se dice que la mexicana fue una revolución inconclusa o traicionada o interrumpida.

En comparación con las otras revoluciones del siglo XX, en aquéllas estuvieron presentes sus líderes al momento del triunfo: Lenin en Rusia, Mao en China, Castro en Cuba y HoChi Min en Viet Nam; si consideramos que la de México se extendió casi diez años, de 1910 a 1920, tenemos que aceptar que los dos grandes líderes mexicanos fueron asesinados a traición: Zapata en 1919 y Villa en 1923. Ellos murieron, pero sus ánimas se quedaron en el mundo de los vivos y no andan penando, sino esperando que se cumplan sus sueños, que fueron también los de miles de mexicanos, cuyas ánimas también andan rondando entre los vivos. Y ahí seguirán, ¿hasta cuando?

Las ánimas en la carpeta de Gerardo Vargas Frías

UNO.- La piñata tricolor pende en el centro del escenario sostenida por un hilo invisible que baja del cielo. Once niños hacen la ronda, tomados de la mano. Giran y giran mientras una misteriosa luz amarilla, de lumbre, los ilumina.

En el primer plano, dándonos la espalda se observan, ¿las ánimas?, de tres revolucionarios, tres Adelitas y un niño.

Ellos, con sus cartucheras cruzadas en el pecho y su pistola en la cintura, se hacen cargo de la música: un violín, un bajosexto y una guitarra.

Las vueltas de los niños, ¿son las vueltas del tiempo?, ¿los círculos de la historia donde siempre se regresa al mismo punto?, ¿es el juego de las épocas que aparentemente no cambia?

DOS.- Un niño solitario camina en la llanura, despreocupado, jalando un caballito de madera que puede ser también un juguete de las ánimas.

Haciendo valla con su carabina en la diestra, una línea de jinetes –ánimas– lo miran en silencio. Lenguas de fuego caen desde el cielo sobre las grupas de los caballos, pero no queman.

¿Hacia dónde se dirige ese niño?, ¿por qué camina solo en la noche de las ánimas de la revolución?, ¿es la vida real de todos los niños que han llegado y se han ido en estos cien años en que el tiempo se detuvo para los pobres? ¿Y los jinetes, qué le podrían decir?, ¿acaso piensan en la nostalgia de la niñez que les arrebató la lucha armada?, o... ¿en los sueños que se quedaron perdidos en el camino?

TRES.- Un mar de sombreros, de cartucheras, de carabinas, llenando el espacio del mundo de la revolución. Y en el horizonte no hay nada, sólo oscuridad y el vacío de la muerte y de la ausencia.

¿Cuántas esperanzas? ¿Cuántos anhelos? ¿Cuántas banderas ensangrentadas? ¿Cuántos sueños perdidos de esos hombres que se quedaron atrapados en el infinito de la nada?

CUATRO.- La única vez que se reunieron, Villa se sentó con la carabina entre las piernas y llegó con sus mitazas puestas. Zapata sostuvo la carabina con la mano izquierda, dejando libre la derecha para lo que se ofreciera. Dicen que lucía una mascada rosa.

Dos hombres, dos líderes revolucionarios muy diferentes entre sí. El del norte soñaba con las grandes llanuras de Chihuahua y Durango, cubiertas de mezquites. El del sur luchaba para recuperar las tierras comunales que habían recibido como herencia de sus ancestros, pequeñas parcelas sembradas de maíz.

Casi no se dijeron nada la única vez que hablaron, en Xochimilco, pero la unión del pueblo quedó sellada entre los dos. Antes de diez años, fueron asesinados dejando huérfanos a sus pueblos, y desde entonces sus ánimas cabalgan por todo el territorio nacional.

CINCO.- Pablito, sostenido por una muleta y un bordón, fue traído a Chihuahua. Tenía varias heridas. Lo quisieron curar, él no se dejó; dijo: “¿Que para qué?, que ya no lo necesitaba”...Él sabía que lo iban a fusilar. No lloró, no dijo palabras escogidas. No mandó cartas. La mañana de su fusilamiento pidió que le llevaran de almorzar. Al tomar su café, se fumó un cigarro.

Le avisaron que lo iban a matar en el centro de la ciudad, frente al pueblo. Él se sonreía. Agarró su muleta, se colgó de ella, bajó los ojos y se miró las piernas heridas, tímidamente levantaría la cara como preguntando, ¿qué, ya nos vamos?

Desde entonces su ánima flota en estas tierras, recordando que antes de ser fusilado pidió, como última voluntad, que no quería morir frente a un gringo que estaba entre la multitud. Las balas lo bajaron de su muleta y lo tendieron en el suelo. Sus heridas de Columbus ya no lo molestaban.

Después llegaría la madre, y como en La Piedad, de Miguel Ángel, lo envolvería en su regazo.